



*Videte, ne quis vos decipiat per philosophiam, et inanem fallaciam, secundum traditionem hominum, secundum elementa mundi, et non secundum Christum. 2. ad Colos. 8.*

EL ESPÍRITU  
DEL FILOSOFISMO;

Ó

Discurso histórico, político, analítico sobre los ardides de los pseudo-filósofos para establecer el imperio de la razón sobre las ruinas del trono y de la religión de Jesucristo.

ESPAÑOLES:

La base mas firme de los estados católicos ha sido en todos tiempos

la union del brazo secular y el eclesiástico. Este cuerpo gerárquico y robusto, instruido en las santas escrituras, en las tradiciones apostólicas, cánones de los concilios y fe de la iglesia, ha trabajado sin cesar desde su establecimiento en instruir á los pueblos en los misterios de la santa religion y preceptos de su sana moral, para contenerlos en sus respectivos deberes. Los príncipes y magistrados casi universalmente han apreciado y distinguido á estos dispensadores de los misterios de Dios, ya por su altísima dignidad de legados de Jesucristo, ya por la veneracion y respeto debido á los padres del espíritu, á quienes ha concedido la potestad de ligar y desatar sobre la tierra, con la solemne promesa de aceptarlo como tal en el cielo; y ya finalmente por su propio interes.

Este consiste en que los ministros del santuario, instruidos en la

doctrina de Jesucristo, han proclamado en todos tiempos de palabra y por escrito el respeto, la obediencia y el amor que se debe á los soberanos, como á padres comunes de la patria y protectores de la religion; como á ministros de Dios, por quien reinan; como á encargados suyos para administrar justicia y promover la felicidad de los pueblos; como á tutores de la inocencia, y defensores natos de sus leyes sacrosantas. Han enseñado que se les debe obedecer en todo lo que no se oponga á la doctrina del Salvador: no ya por temor, sino por una estrecha obligacion de conciencia, aun cuando sean díscolos, como dice S. Pedro. Han enseñado que se les debe pagar el tributo sin defraude alguno, para dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Han enseñado que nunca es lícito rebelarse contra los soberanos, porque tienen del Señor la po-

testad; y el que á ella resiste, resiste á las órdenes de Dios. En consecuencia han condenado la sanguinaria doctrina del regicidio, como uno de los mayores crímenes que se cometen sobre la tierra. Esta sana doctrina, expresa en las santas escrituras y en la tradicion de la iglesia católica, es la que los eclesiásticos han predicado siempre á los pueblos acerca de los soberanos, y ella ha sido la base mas firme que ha sostenido sus tronos. Sin el entivo pues y sostén de estas ideas religiosas necesariamente deben estos balancear y venir á su ruina; y el santuario sin la régia proteccion vendrá tambien á su exterminio.

Y hé aqui, señores, el doble y principal intento de los pseudo-filósofos de todos tiempos. Conociendo que unido el sacerdocio y el imperio es imposible el trastorno del trono y del altar, han trabajado siempre y trabajan sin cesar con el

mayor teson por dividirlos entre sí para poder triunfar de ellos separados, y colocar al filosofismo ó imperio de la razon sobre el solio. Firmes en este malvado propósito desde los tiempos primitivos de la iglesia, han empleado y emplean cuantos ardides, cabalas é intrigas les ha sugerido su mal corazon para realizar sus planes sanguinarios y destructores. Estas diabólicas astucias, partos funestos y execrables de la irreligion é inmoralidad, pretendo desenmarañar y analizar con el recto fin de prevenir á los incautos; porque observo muy cargada la atmósfera, siento el trabajo de las minas, y temo su explosion.

Ante todas cosas debo advertir, que los autores de estas cabalas y ardides son por lo comun plagiarios. Sus ideas son copiadas sobre el modelo de los gnósticos, ó iluminadas ó extractadas de las obras de San Justino, Minucio Felix, Arnobio,

Quadrato, Aristides, Tertuliano, Orígenes, Lactancio y otros que las impugnaron en los bellos siglos de la iglesia; sin tener de nuevo otra cosa que el estilo triunfante, mordáz y lleno de sarcasmos, propio de los pretendidos filósofos de nuestros dias. La audacia, el dolo, la mentira, la irreligion, el ódio al sacerdocio y al trono son todo el bello fondo, por no decir la sentina de sus escritos. Bastará descubrir algunas de sus intrigas para acreditar esta verdad.

La primera ha sido en todos tiempos hacer odiosos á los ministros del culto al Gobierno y á los pueblos. De ésta, como de principio, proceden las otras marañas que han tejido; y siempre que lo han conseguido han realizado sus planes destructores. Los apóstoles y discípulos de Jesucristo que predicaban su evangelio eran acusados á los cesares, á los prefectos y magistrados

de revolucionarios, enemigos de la paz y tranquilidad del estado, motores de sedicion en los pueblos, origen de sus males y desgracias, causa de las guerras, pestes, inundaciones y hambres; en una palabra, fomento de todas las calamidades públicas.

De aqui resultó mas de una vez ver espirar baxo la cuchilla, en el agua, en el fuego, en precipicios y entre las garras de las fieras aquellos mismos que no solo en el secreto de su corazon, sino públicamente, de palabra y por escrito oraban por la salud de sus perseguidores, por la felicidad de sus reyes, aunque fuesen idólatras, y por la de sus pueblos. Solo un peregrino en la historia de la iglesia podrá ignorar estos hechos auténticos. Los padres y los apologistas de la religion hicieron patente á la faz del universo la felonía y falsedad de esta intriga y maraña

despreciable, con descrédito de sus autores.

¿Y cesaron estos por ventura de anudar, urdir y texer su tela en lo sucesivo? Nada menos. De tiempo en tiempo han reproducido la misma cantinela, añadiendo por sañete las gruesas rentas del clero, lo gravosos que son al estado, lo inútiles á la sociedad, lo exórbite de sus inmunidades y privilegios, y el grave perjuicio que causan á la poblacion. Los husitas, wiclefistas, Guillermo de santo Amor, los albigenses y sus secuaces se ocuparon con tesón en tramar esta maraña, que por mas que trabajaron los Domingos de Guzmán, los Buenaventuras, los Aquinos, en deshacerla, exercitó por muchos tiempos á la iglesia, causó en ella grandes ruinas, crueles guerras, derramamiento de sangre y gravísimos escándalos. La iglesia habló; los príncipes y los pueblos conocieron en gran

parte la perfidia de la orgullosa filosofía, sus intrigas y marañas. Otros enmudecieron por no tener qué responder á los apologistas de la verdad, ni con qué cubrir sus falsas acusaciones.

Mas apenas concedieron los prosélitos de estos furiosos enemigos algunos años de tranquilidad al catolicismo. Bien presto se armaron para salir á la palestra Lutero, Calvino, Melancton, Teodoro Beza, Bucero y sus discípulos, reproduciendo los mismos errores y falsedades que sus ascendientes; pero decididos ya mas á las claras á destruir los tronos y el santuario por medio de la division. A este fin unas veces condenan el santo sacrificio; otras blasfeman de los sacramentos; otras atacan la gerarquía eclesiástica, el culto exterior, el celibato, las indulgencias, el mérito, los novísimos &c.; ya proclaman los graves perjuicios que los del clero secular y regular causan al

pueblo y á las regalías de los soberanos; ya dicen que estos son los papas en sus respectivos territorios, y que deben reformar al clero por sí mismos; que tienen facultad de apoderarse de sus bienes y los de la iglesia; ya por el contrario afirman que los reyes son unos tiranos; que se les debe declarar la guerra, porque son peores que el turco; que deben ser depuestos del trono y privados de la vida; que los pueblos si no lo executan son reos del evangelio oprimido, porque no hay mas soberanía que la democrácia; y otras expresiones de esta naturaleza, dirigidas únicamente á revolucionar los pueblos contra el altar y el trono.

¡Qué de males no causó á la iglesia y á los dinastas esta cabala y maraña diabólica, este conjunto de errores pestilentes y funestos al linage humano! La Alemania, la Francia, la Holanda, la Suiza, la Inglaterra, la Europa casi toda ar-

dieron en una cruda guerra de religion. La iglesia de Jesucristo perdió una infinidad de hijos, seducidos con las falsas ideas liberales de igualdad, de libertad, de reforma; y provincias enteras, que de tiempos muy antiguos y casi primitivos, habian sido fecundas en héroes de santidad y doctrina, se vieron sepultadas en las mas densas tinieblas de la ignorancia, del cisma y del error. España sola, el invicto Carlos v y el religioso Felipe II fueron los infatigables defensores de la iglesia católica en esta desgraciada época.

Pero los filósofos sus implacables enemigos, refugiados en Francia y en otros países católicos, apenas la concedieron algunos años de amnistía y de reposo. Los hugonotes, Rouseau, Woltaire, d'Alembert, Federico de Prusia, Hobes, Espinosa, y novísimamente Necker, Mirabeau, Condorcet, Diderot, Na-

oleon y sus satélites, han adelantado la maraña hasta el punto de realizar sus planes de exterminar los tronos y los templos en casi toda Europa. A fuerza de calumnias y falsedades han logrado dividir al sacerdocio del imperio; y á beneficio de esta máxima política y maquiavélica han podido gloriarse de aprisionar los monarcas, ocupar sus tronos, robar sus tesoros, perseguir de muerte á los ministros del culto, destruir los templos, apoderarse de sus alhajas, profanar lo sagrado, destrozar las imágenes, pisar el augusto Sacramento de nuestros altares.

¿Qué mas? El pueblo seducido antes con las ideas lisonjeras de felicidad, igualdad, independencia y libertad, si conspiraba contra el trono y el santuario, ha experimentado los tristes efectos de la maraña, viéndose esclavizados, robadas sus propiedades, incendiadas sus casas

y sus mieses, violadas sus hijas, y acuchillados sus tiernos infantes. Alemania, Italia, Prusia, Francia, España misma, depondrán en todo tiempo estos hechos lúgubres, y confesarán paladinamente que la division del brazo secular y el eclesiástico ha sido una malvada astucia de la filosofía destructora del trono y del altar, y el origen capital de todas sus infelicidades. Tanto pues hay que desconfiar de las ideas que proclaman algunos periodistas y agentes del tirano de Europa para seducir á la España generosa é incauta.

La segunda intriga ó maraña política de los liberales ó pseudo-filósofos para derribar el trono y exterminar la religion, consiste en dividir al clero de su cabeza visible y entre sí. A este efecto elevan ó deprimen la autoridad de sus individuos, segun conviene á sus ideas. Esta ha sido en todos tiempos la

conducta uniforme de estos ilustrados reformadores.

Quando les ha acomodado ensalzar la autoridad del papa, por exemplo, le han atribuido facultades ilimitadas, no solo sobre la iglesia y sus bienes, sobre las últimas voluntades testamentarias y todo lo espiritual, sino tambien sobre lo temporal, para quitar y poner reyes y emperadores á su arbitrio, relaxar y disolver el juramento de vasallage y fidelidad de los pueblos á su antiguo soberano; coronar al nuevo á la faz del universo, y obligar con anatemas á que sea obedecido como legítimo señor. Se le han pedido bulas é indultos apostólicos para secularizar los bienes de la iglesia y aplicarlos al estado. ¡Con qué sumision, con qué afectada reverencia, y á veces con qué obrepcion y subrepcion no se han suplicado ú obtenido estas gracias!

Mas quando estos mismos polí-

ticos ó prudentes según la carne han querido deprimir la autoridad pontificia, no solo le privan de todos sus estados, baxo el vano y ridículo pretexto de que su reino no es de este mundo, y que de consiguiente nada debe poseer sobre la tierra; sino que considerándole como un mero obispo de Roma y pueblos suburbanos y le niegan la cualidad de gefe y primado de la iglesia católica, sin mas autoridad ni preeminencia alguna, contra los mas expresos oráculos de Jesucristo; y no contentos aún, se apoderan á veces de su sagrada persona, y lo inhiben de hecho y por violencia de sus facultades natas de supremo pastor de la iglesia, ridiculizándolo con los epitetos de ídolo viejo, apolillado, gefe de los fanáticos y pontífice *in partibus*.

En orden á los obispos, sucesores de los apóstoles, á quienes Dios ha puesto por maestros y rec-

tores de su iglesia para que conduzcan, apacienten y defiendan su respectiva grey, han usado y usan los venerables hermanos liberales y de notoria probidad de iguales tramas y marañas políticas. Ya ensalzan su potestad hasta las nubes; ya la deprimen hasta el abismo de la nada. Cuando acomoda á sus ideas son papas con facultades de tales para relaxar, dispensar, anular, revalidar &c. todo lo eclesiástico y aun lo divino. Otras veces coartan sus facultades tanto, que las igualan á las de los párrocos. Estos tienen la misma autoridad y jurisdicción en su parroquia, dicen no rara vez los liberales, que el obispo en su diócesis. Consiguiente á estas vías oblicuas y destructoras de la gerarquía eclesiástica, hemos visto con dolor en nuestros dias obispos elevados á la primera estimacion de los dinastas del liberalismo; y á otros por el contrario oprimidos,



expatriados, perseguidos, hasta de muerte, y hechos la fábula de las conversaciones públicas.

Para deprimir á los párrocos, á quienes han atribuido á veces facultades episcopales, elevan al simple sacerdote, concediéndole igual autoridad que á ellos, por la dignidad y potestad de que está revestido. Embrollada así la gerarquía, procuran animar á unos contra otros, comprometiéndolos á sostener litigios de jurisdicción; ya para declinarla, ya para conservarla, con escándalo y ruina de los fieles, que desapruedian y censuran estos pleitos. Y aprovechándose de esta ocasión los libertinos, como ingeniosos y buenos presbiterianos, sugieren á los seculares la idea que todos son sacerdotes, según aquello de S. Pablo, que á todos llama gente santa y real sacerdocio, y que sin distinción de grados ni personas pueden y deben ofrecer al Sér supremo el

mismo sacrificio que los llamados sacerdotes.

Así empiezan á texer su maraña sin descubrirles todo el fondo, hasta tener engañados á los incautos y hechos prosélitos de su liberalismo. Entonces los instruyen en las ideas de libertad, igualdad, reforma, ilustración, superstición del cristianismo, fanatismo, barbarie é ignorancia del clero, principalmente de los frailes, gente ociosa, vagabunda, gravosa á los pueblos y nociva á la república.

Como los frailes, según los materialistas, son el ejército del centro del ídolo apolillado ó catolicismo, ponen su mayor conato en batirlo y destrozarlo. Con este objeto decia uno de ellos á Woltaire, "que deshechos los frailes y perseguidos en derrota, no es difícil dispersar á los demás del clero, que forman las partidas de guerrilla, y aprisionar en seguida á los obispos, que hacen

de gefes del fanatismo." Con tan loable fin, armados de su filantropía filosófica, esparcen contra ellos libelos infamatorios, llenos de sarcasmos y de injurias. Es verdad que alguna vez por ocultar su ódio contra el estado religioso protestan hablar solo de los malos; pero lo cierto es que con frecuencia los representan en general y sin excepcion alguna como visionarios, ilusos, seductores, revolucionarios, misántropos &c. &c. Ni se contentan con privarlos de sus bienes y del sustento que la misma humanidad prescribe y reclama á favor de ellos, dexándolos perecer de hambre, sino que conspiran á exterminarlos de sobre la tierra, como á enemigos de la felicidad nacional y libertad de conciencia. Cuando mas les consiguan sustento en esperanza. A beneficio de esta política maquiavélica, ¿qué de triunfos no han conseguido estos enemigos de la huma-

nidad en toda Europa, y aun en todo el mundo habitado? ¿qué de tronos no han trastornado? ¿qué arroyos de sangre sacerdotal no han hecho correr? Prescindiendo por ahora de los tiempos lúgubres en que vivieron los Albigenses, Wiclefistas, Husitas, Lutero, Calvino y sus secuaces, y de la dura y sangrienta persecucion que padeció todo el clero en Alemania, en Holanda, en Inglaterra, en Francia, la reciente catástrofe sucedida poco tiempo hace en este último reino, y extensiva á la mayor parte de Europa, ¿no prueba bastantemente cuál sea el objeto de estos pseudo-filosofos libertinos de nuestra desgraciada España? Las siguientes mañañas pondrán baxo un punto de vista que únicamente conspiran á la ruina del trono y del santuario sobre el modelo de sus maestros los de Francia.

La tercera intriga para reali-

zar sus planes destructores de la religion y del trono, es variar mas formas que Protéo. A manera de las actrices cómicas, que ya hacen de reinas, ya de criadas; á veces manifiestan estos su orgullo, otras su sumision; ora declaman contra el despotismo de los reyes y su tiranía; ora los adulan para inclinarlos á su favor ó ponerlos en apatía; ora se burlan de la religion, de sus misterios y sacramentos; ora la ponen por espantajo al principio de sus discursos, para desacreditar y satirizar á sus ministros; ya son estos reputados como útiles á la república, ya como perjudiciales á ella por fanáticos y subversores del buen orden; aqui se les invita con alhagos y promesas exórbitanes á que prediquen la felicidad que trae consigo á la patria la ilustracion y reforma liberal; alli se les prepara el lazo en que han de caer y el precipicio en que han de despeñar-

los; aqui protestan la observancia de la santa y única religion; alli pretenden la libertad de culto, para quitar las opiniones y establecer las falsas ideas de su liberalismo; aqui prometen que nada esencial quitan á la religion ni á su disciplina interior, sino ciertas exterioridades que respiran supersticion (como si hubiera dogmas mas ó menos esenciales de creer, segun la reflexion de un sabio); alli en fin impiden directa ó indirectamente todo culto exterior. La revolucion de Francia en nuestros dias acredita todas estas verdades con hechos incontestables; y los escritos capciosos y seductores de muchos de nuestros periodistas nos deben infundir temor de una semejante catástrofe en nuestra España; porque las causas morales como las físicas producen respectivamente unos mismos efectos en todas partes.

Este mi justo temor se funda

en que nuestros liberales, apoyados en las ideas de Francia, y á cubierto de una mal entendida libertad de imprenta, copian los discursos de estos, publican sus ardidés y marañas, las analizan y acomodan al gusto y diversion de un pueblo inculto en general y rudo, que empieza ya á respirar libertad, igualdad, apatía de culto, inmoralidad y oposicion al sacerdocio. Por manera, que si por nuestra desgracia los religiosos padres de la patria no veláran por la custodia del sagrado depósito de nuestra fe, sosteniendo á sus celosos defensores y dispensadores de sus misterios, dias hace que la irreligion hubiera levantado su erguido cuello; dias hace que el sacerdocio hubiera sido sacrificado en honor del libertinage; dias hace que hubieramos visto con escándalo y asombro acabar de hacer rodar el altar por el suelo, y la entera desolacion y abominacion del santuario.

Hasta de presente se contentan nuestros pretendidos sabios y patriotas de notoria probidad con preparar la mina, por si logran ocasion favorable para una explosion, que envuelva en sus ruinas la religion y el trono, premeditado objeto de sus ardidés políticos. Pero entretanto se manifiestan infatigables en sembrar la cizaña en el campo de nuestra iglesia por medio de libelos infamatorios de sus ministros; libelos prohibidos no solo por las leyes natural, divina y eclesiástica con las mas graves penas, sino por la Constitucion misma, solemnemente jurada y mandada observar en todo el reino.

Permitidme ¡ó padres de la patria! me lamente de su infraccion é inobservancia sobre un artículo de tanta importancia y de tan funestas consecuencias. Todos estos escritos infamatorios, sediciosos, seductores é injuriosos al clero en gene-